

mayor bajeza y humildad propia, porque eso es lo que vamos diciendo. Si deseais alcanzar la verdadera humildad, vos os holgaréis de que todas vuestras faltas sean manifiestas á vuestros mayores. Y así el buen religioso y humilde, él mismo va á decir sus faltas al superior, y á pedir penitencia de ellas, y procura que el primero de quien el superior sepa sus faltas sea de él mismo. Y no solo esto, sino mucho mayor ejercicio de humildad tenemos en la Compañía; porque públicamente decís vuestras culpas delante de todos para que os desprecien y os tengan en poco, que ese es el fin de ese ejercicio de humildad, y no para que os tengan por humilde y mortificado, porque eso no sería acto ni ejercicio de humildad, sino de soberbia. Con este mismo espíritu habeis de tomar y desear las reprensiones, no solo en particular y en secreto, sino en público delante de todos; y cuanto es de vuestra parte os habeis de holgar que se haga aquello muy de veras, y que lo sientan todos así, y os tengan por tal. Y generalmente el uso y ejercicio de todas las penitencias y mortificaciones exteriores que se usan en la Compañía ayuda mucho para alcanzar y conservar la verdadera humildad; el besar los piés y comer debajo de la mesa, ó hincado de rodillas, el postrarse á la puerta del refectorio, etc. Si estas cosas se hacen con el espíritu que se han de hacer, serán

de mucho provecho para alcanzar la verdadera humildad y para conservarla. Cuando os sentais á comer en el suelo, lo habeis de hacer con un conocimiento interior de vos mismo, que no mereceis sentaros á la mesa con vuestros hermanos; y cuando les besais los piés, que no mereceis aun besar la tierra que ellos pisan; y cuando os postrais, que mereceis que todos os pisén la boca. Y habeis de querer y desear que todos lo sientan así. Y sería muy bueno que cuando uno hace estas mortificaciones se actuase interiormente en estas consideraciones, como lo hacia aquel santo monje que estuvo siete años á la puerta del monasterio, de quien dijimos en el capítulo pasado, porque de esa manera serán ellas de mucho provecho, y engendrarán humildad allá dentro en el corazón; pero si vos haceis esas cosas sin espíritu, y solamente exteriormente, serán de poco provecho. Porque, como dijo san Pablo: *Corporalis exercitatio ad modicum utilis est.* I ad Tim. XLVIII. Eso es hacer las cosas por cumplimiento y costumbre, cuando se hace solamente lo exterior, sin espíritu y sin procurar conseguir el fin que se pretende con ello. Si vos acabais de besar los piés á vuestros hermanos, y de postraros para que todos os pisén, y despues les hablais palabras ásperas y desabridas, no viene bien lo uno con lo otro: eso es señal que aquello fue cumplimiento ó hipocresía.

Estos y otros muchos ejercicios de humildad tenemos en la Compañía de regla y constitucion: los he querido traer aquí á la memoria, aunque los apuntamos arriba, trat. 1, c. 7, á otro propósito, para que pongamos los ojos en ellos, y eso sea en lo que principalmente ejercitemos la humildad; porque en lo que el religioso ha de ejercitar y mostrar principalmente la virtud y mortificacion ha de ser en aquello que es menester para guardar muy bien las reglas y constituciones de su Religion; porque eso es en lo que consiste nuestro aprovechamiento y perfeccion. Y si no teneis virtud para poner por obra las cosas de humildad y mortificacion á que os obliga vuestra regla é instituto, no hagais caso de cuanto teneis. Como podemos decir tambien de cualquier cristiano, que lo principal para que tiene necesidad de humildad y de mortificacion es para guardar la ley de Dios; y si para eso no la tiene, poco ó nada le aprovechará. Si no tiene humildad y mortificacion para confesar una cosa vergonzosa, sino que de vergüenza, ó por mejor decir, de soberbia la deja, y quebranta un mandamiento tan principal, ¿qué le aprovechará cuanto tuviere é hiciere? Pues por solo eso se condenará. Así podemos decir en su modo del religioso. Si vos no teneis humildad para descubrir al superior vuestra conciencia, y cumplir una regla tan principal como esa, ¿de qué sirve

la humildad y la mortificacion? Si aun no podeis sufrir que otro avise de vuestra parte al superior para que os corrija, ¿dónde está vuestra humildad? Si no la teneis para recibir las reprensiones y la penitencia, y para hacer el oficio bajo y humilde, y para ser incorporado en el grado que os quisiere poner la Compañía, ¿de qué sirve la humildad y la indiferencia, y para qué la quieren los superiores? Á este modo puede especificar cada religioso en las cosas espirituales de su Religion, y cada uno en las particulares que pide su estado y oficio.

## CAPÍTULO XXVI.

*Que nos habemos de guardar de hablar palabras que puedan redundar en nuestro loor.*

Los santos y maestros de la vida espiritual, Basilio (1), Gregorio, Bernardo, y otros nos avisan que nos guardemos con mucho cuidado de hablar palabras que puedan redundar en nuestra alabanza y estima, conforme á aquello que el santo Tobías, iv, v. 14, aconseja á su hijo: *Superbiam nunquam in tuo sensu, aut in tuo verbo donari permittas*: Nunca permitas que la soberbia se enseñoree en tu corazón ni en tus palabras. Pondera muy bien san Bernardo, epist. 87, á este propósito, aquello de san Pablo: *Parco autem, ne quis me exis-*

(1) Basil. serm. de exercitatione monastica.



*timet supra id quod videt in me, aut aliquid audit ex me.* II ad Cor. XII, v. 6. Habia dicho el Apóstol algunas cosas grandes de sí, porque convenia así para los oyentes, para mayor gloria de Dios, y pudiera decir otras mayores (1), pues habia sido arrebatado al tercero cielo, donde vió y entendió mas que lo que la lengua puede hablar; pero déjolas, dice, de decir, porque no piense alguno de mí mas de lo que hay y se ve en mí. Dice san Bernardo: *Quam pulchre dixit parco! Non parcat sibi arrogans, non parcat sibi superbus, non cupidus vanæ gloriæ, et jactator actuum suorum, qui vel sibi arrogat quod est, vel mentitur quod non est.* ¡Oh qué bien dijo yo perdono ahora eso! El soberbio y el arrogante no perdona á esas cosas, porque no deja pasar ninguna ocasion en que pueda mostrar ser algo que no lo haga; antes algunas veces añadé y dice mas de lo que es para ser tenido y estimado en mas. *Solus, qui vere humilis est, parcat animæ suæ, qui ne putetur, quod non est, semper, quantum in se est, vult nesciri quod est.* Solo el verdadero humilde deja pasar estas ocasiones, y para que no le tengan en mas de lo que es quiere encubrir lo que verdaderamente es. Y descendiendo en esto mas en particular, dice (2): *Loquens nihil dicas, unde multum eruditus, multumque religiosus possis putari.* Nunca digais cosa de donde podais

(1) Nota san Gregorio, lib. 18 Moral. cap. 5.

(2) Bernard. in spec. Monachor.

parecer muy letrado, ó muy religioso ú hombre de oracion, y generalmente cosa que pueda redundar en vuestro loor, de cualquier manera que sea, siempre os habeis de guardar de decirla, porque es cosa muy peligrosa, aunque la podais decir con mucha verdad, y aunque sea de edificacion, y os parezca que la decís para bien y provecho del otro: basta ser cosa vuestra para no la decir. Siempre habeis de andar muy recatado en esto, para que no perdais con eso el bien que por ventura hicisteis.

San Buenaventura dice (1): *Nunquam de scientia, vel de sæculi statu se jactent.* Nunca digais palabras que dén á entender que sabeis, ó que tengais habilidad, ingenio ó talento particular, ni tampoco hagais cosa por donde puedan los otros entender que allá en el siglo érais algo. Parece muy mal en la Religion preciarse de la nobleza y estado de los suyos; porque todos estos linajes y estados son un poco de viento: y como decia uno muy bien, la nobleza ¿sabeis para qué es buena? Para menospreciarla, como la riqueza. De lo que acá se hace caso es de la virtud y humildad que tuviéreis; eso es lo que se estima, que lo que érais ó no érais allá fuera todo es aire, y el que en la Religion se precia de esas cosas, ó hace caso de ellas, muestra bien su vanidad y poco espíritu: ese tal no ha dejado ni menospreciado el mundo.

(1) Bonav. in specul. disc. p. 3, c. 3.

Dice san Basilio, in regul. brev. 90: *Qui natus est ex spiritu juxta Domini vocem, et potestatem accepit fieri filius Dei, cum cognationis secundum carnem pudet.* El que ha nacido con otro nacimiento nuevo, y ha contraido parentesco espiritual y divino con Dios, y recibido poder para ser hijo suyo, avergüenzase de ese otro parentesco carnal, y olvidase de él. En cualquiera parecen mal las palabras de su alabanza; y así dice el Proverbio: *Laus in ore proprio vilescit;* y mejor el Sábio, capite XXVII, v. 2: *Laudet te alienus, et non os tuum: extraneus, et non labia tua.* Pero en la boca del religioso parecen mucho peor, por ser tan contrarias á lo que profesa; y por donde uno piensa que será estimado, viene á ser desestimado y tenido en poco. San Ambrosio, serm. 20, sobre aquellas palabras del Profeta, Psalm. CXVIII, v. 153: *Vide humilitatem meam, et eripe me.* Mirad, Señor, mi humildad, y libradme; dice: Aunque uno sea enfermo, pobre y de baja suerte, si él no se ensoberbece ni se quiere preferir á nadie, *ipse humilitate commendat:* con la humildad se hace amar y estimar: ella lo suple todo; y por el contrario, aunque uno sea muy rico, noble, poderoso, y aunque sea muy letrado, y tenga muchas partes y habilidades, si él se jacta y engrie de eso, *insolentia sibi vilis est:* con eso se apoca y abate, y viene á ser despreciado y tenido en menos, porque viene á ser tenido por soberbio. Del abad Arsenio cuenta

su historia (1), que con haber sido en el mundo tan ilustre y eminente en letras, porque fue maestro de los hijos del emperador Teodosio, Arcadio y Honorio, que fueron tambien emperadores; con todo eso, despues que se hizo monje, jamás se le oyó palabra que oliese á grandeza, ni que diese á entender que sabia letras, sino que conversaba y trataba con los demás monjes con tanta humildad y llaneza, como si no supiera letras ningunas: antes él preguntaba á los monjes mas simples las cosas del espíritu, diciendo que en esta altísima ciencia no merecia ser discípulo. Y del bienaventurado san Jerónimo se dice en su vida que era de linaje nobilísimo, y con todo eso en todas sus obras no se halla que él haya dado significacion alguna de ello.

Dice san Buenaventura (2) una razon muy buena: Entended que apenas puede haber en vos cosa buena y digna de loor que no se les trasluzca á los otros, y la entiendan y sepan: y si vos callais y la escondeis, agradaréis mucho mas, y seréis mas digno de loor, así por la virtud, como por quererla encubrir; pero si vos la manifestais y haceis plato de ella, harán burla de vos, y de donde antes se edificaban y os estimaban, os vendrán á despreciar y tener en poco. Es en esto la virtud como el almizcle, que mientras mas le escondeis, mas

(1) Metaph. et Surius in vita Arsenii.

(2) Bonav. de inform. nov. p. 1, c. 25.



se muestra con el olor que da, y si lo traeis descubierto presto perderá el olor.

Cuenta san Gregorio, l. 3 Dialog., c. 33, que un santo abad, llamado Eleuterio, iba una vez caminando, y llegando á hacer noche á un monasterio de monjas, le hospedaron en cierta casa donde estaba un muchacho muy atormentado del demonio, el cual fue aquella noche su compañero. Venida la mañana, preguntáronle las monjas si le habia venido á aquel mozo algun accidente: respondió que no. Entonces dijeron ellas que era muy atormentado cada noche del demonio, y ruéganle con mucha instancia que le lleve consigo al monasterio. Aceptó el viejo sus ruegos, y como estuviere mucho tiempo en el convento, y no se osase llegar á él el enemigo antiguo, fue tocado el corazón del viejo de alguna alegría desordenada y vano contento por la salud del mozo, y hablando con sus monjes, díjoles: Burlábase, hermanos, el demonio con aquellas monjas, atormentando este mozo; mas despues que ha venido al monasterio de los siervos de Dios, no se ha atrevido á llegar á él. En diciendo estas palabras, súbitamente delante de todos fue el mozo atormentado del demonio: lo cual visto por el santo viejo, comenzó á llorar amargamente, viendo que su vanagloria habia sido causa de aquel desman; y consolándole los monjes, les dijo: Que ninguno de

todos ellos comeria bocado hasta que alcanzasen la salud de aquel mozo. Y postrados todos en oracion, no se levantaron de ella hasta que fue sano el enfermo. Por donde se verá cuánto aborrece Dios las palabras que tienen algun resabio de alabanza propia, aunque se digan burlando, por gracia y por donaire, como parece que las dijo este Santo.

#### CAPÍTULO XXVII.

*Cómo nos habemos de ejercitar en la oracion en este segundo grado de humildad.*

Nuestro Padre en las Constituciones pone aquella regla tan principal (1) y de tanta perfeccion que dijimos arriba. «Que así como los mundanos aman y desean con tanta diligencia honras, fama y estimacion de mucho nombre en la tierra, así los que van en espíritu y siguen de veras á Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente todo lo contrario, deseando pasar injurias, falsos testimonios y afrentas, y ser tenidos por locos, no dando ellos ocasion alguna de ello, por desear parecer é imitar en alguna manera á nuestro Criador y Señor Jesucristo.» Y manda que todos los que hubieren de entrar en la Compañía sean primero preguntados

(1) Cap. 4 de exam. § 44 et 45, cap. 5.

si tienen estos deseos. Cosa récia parece por cierto que un novicio recién cortado del mundo, y que viene corriendo sangre, como dicen, sea examinado por una regla tan estrecha y de tanta perfeccion como esta. Ahí se verá la perfeccion grande que nuestro instituto nos pide. Quiere hombres verdaderamente deshechos de sí, y que estén muertos del todo al mundo. Pero porque esto es dificultoso y de gran perfeccion, añade nuestro Padre que si alguno por nuestra humana flaqueza y miseria no sintiere en sí tan encendidos deseos de esto, que sea preguntado si tiene á lo menos deseos de tenerlos, y con eso y con que esté dispuesto á llevarlo en paciencia, cuando se le ofrecieren semejantes ocasiones, se contenta; porque esa es buena disposicion para aprender y aprovechar: basta que el aprendiz entre con deseo de saber el oficio, y se aplique á eso, de esa manera saldrá con ello. La Religion es escuela de virtud y perfeccion; entrad con ese deseo, y saldréis con lo que deseais.

Pues comencemos por aquí este ejercicio; vámoslo tomando poco á poco. Decís que no sentís en vos deseos de ser despreciado y tenido en poco, pero que deseais tenerlos: comenzad por ahí á ejercitaros en la oracion en esta virtud de la humildad, decid con el Profeta, Psalm. cxviii, v. 20: *Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore*: Deseó, ó Señor, mi

ánima desear vuestras justificaciones en todo tiempo. ¡Oh Señor, y cuán léjos me veo de tener aquellos vivos y encendidos deseos que tenían aquellos grandes santos y verdaderos humildes de ser despreciados del mundo! Mucho querria, Señor, llegar siquiera á tener deseo de tener esos deseos, deseo de desearlo. Bien vais por ahí, muy buen principio y disposicion es esa para alcanzarlo; insistid y perseverad en eso en la oracion, y pedid al Señor que os ablande el corazón, y deteneos en eso algunos dias, porque agradan mucho al Señor estos deseos, y los oye él de muy buena gana: *Desiderium pauperum exaudivit Dominus; preparationem cordis eorum audivit auris tua*. Psalm. ix, v. 38. Presto os dará el Señor un deseo de padecer algo por su amor, y de hacer alguna penitencia por vuestros pecados; y cuando os lo diere, ¿en qué podeis emplear mejor ese deseo de padecer? ¿Y en qué podeis hacer mayor penitencia que en ser despreciado y tenido en poco por su amor en recompensa de vuestros pecados? Como hacia David cuando le maldecia y deshonoraba Semei. I Reg. xvi, v. 11. Dejadle, dice, que por ventura será servido el Señor de recibir esas afrentas y desprecios en descuento de mis pecados, y será esa gran dicha mia. Y cuando el Señor os hiciere esa merced, que sintais en vos esos deseos de ser despreciado y tenido en poco, por parecer é imitar á Cristo, no habeis de pensar que está acabado el



negocio, y que habeis alcanzado ya la virtud de la humildad; antes entonces habeis de hacer cuenta que ha de comenzar de nuevo el plantar y asentar en vuestra alma la virtud: y así habeis de procurar no pasar ligeramente por esos deseos, sino deteneros en ellos muy de espacio, ejercitaros mucho tiempo en ellos en la oracion, hasta que lleguen á ser tales y tan eficaces, que se extiendan á la obra. Y cuando llegáreis á eso, que os parece que lleváis bien las ocasiones que se os ofrecen, en la misma obra hay muchos grados y escalones que subir para llegar á la perfeccion de la humildad. Porque lo primero es menester que os ejerciteis en llevar con paciencia todas las ocasiones que se ofrecieren, que tocaren á vuestro desprecio y desestima; en lo cual habrá que hacer por algun tiempo, y aun por ventura por mucho. Despues habeis de pasar adelante, y no parar ni descansar hasta que os holgueis en el desprecio y afrenta, y sintais en esto tanto contento y gusto, como los mundanos en cuantas honras, riquezas y placeres hay en el mundo, conforme á aquello del Profeta, Psalm. cxviii, v. 14: *In via testimoniorum tuorum delectatus sum, sicut in omnibus divitiis*. Cuando deseamos alguna cosa de veras, naturalmente nos holgamos cuando la alcanzamos, y si mucho la deseamos, mucho nos holgamos, y si poco, poco. Pues tomad esto por señal, para ver si deseais de veras ser tenido en poco, y

si vais creciendo en la virtud de la humildad: y lo mismo es en las demás virtudes.

Para que nos aprovechemos mas de este medio de la oracion, y con él se nos vaya imprimiendo mas en el corazon la virtud, habemos de ir en ella descendiendo á casos particulares y dificultosos que se nos pueden ofrecer, animándonos y actuándonos en ellos, como si losuviésemos presentes, insistiendo y deteniéndonos en eso hasta que ninguna cosa se nos ponga delante, sino que todo quede allanado, porque de esa manera se va desarraigando el vicio, y la virtud embebiendo y entranando en el corazon, y perfeccionándose mas. Es muy buena comparacion para esto lo que hacen los plateros para refinar el oro: derrítelo en el crisol, y cuando está derretido, echan allí un granito de soliman, y comienza el oro á hervir con grande furia y braveza hasta que se acaba de gastar el soliman, y en gastándose sosiégase el oro: torna el platero á echar otro granito de soliman, y torna el oro á hervir, pero no con tanta furia como la primera vez, y en consumiéndose el soliman, tórñase el oro á sosegar: torna á echar tercera vez otro poquito de soliman, y torna el oro á hervir, pero mansamente: torna cuarta vez á echar otro poco de soliman, y ya no hace ruido el oro con el soliman, ni hace sentimiento mas que si nada le echaran; porque está ya refinado y purificado,

y esa es la señal de ello. Pues esto es lo que nosotros habemos de hacer en la oracion, echar un granito de soliman, imaginando que se os ofrece una cosa de mortificacion y desprecio, y si os comenzais á azorar y turbar, deteneos en eso hasta que con el calor de la oracion se gaste ese granito de soliman, y hagais rostro á aquella, y quedeis quieto y sosegado en ello. Y tornad otro dia á echar otro granito de soliman, imaginando que se ofrece otra cosa dificultosa de mucha mortificacion y humiliacion; y si todavía hierve y se turba la naturaleza, deteneos hasta que lo gasteis y os sosegueis en aquello, y tornad á echar otra y otra vez otro granito, y cuando ya no causare en vos ruido ni turbacion el soliman, sino que con cualquier cosa que se ofrezca y se os ponga delante os quedais con mucha paz y sosiego, entonces está refinado y purificado el oro: esa es la señal de haber alcanzado la perfeccion de la virtud.

#### CAPÍTULO XXVIII.

*Cómo habemos de traer el exámen particular de la humildad.*

El exámen particular, como dijimos (1) en su lugar, siempre se ha de hacer de una cosa sola, porque de esta manera es mas efi-

caz este medio y de mayor efecto que si le trajésemos de muchas cosas juntas; y por eso se llama particular, porque se hace de una cosa sola: y es de tanta importancia esto, que aun un vicio ó una virtud muchas veces, y aun lo mas ordinario, es menester tomarla por partes y poco á poco para poder alcanzar mejor lo que se desea. Pues así es en esta virtud: si quereis traer exámen de desarraigar la soberbia de vuestro corazon y alcanzar la virtud de la humildad, no lo habeis de tomar en general, porque la soberbia ó la humildad comprende mucho, y si lo tomais así á bulto y en general, no habeis de ser soberbio en nada, sino en todo humilde: es mucho exámen, y mas que si lo trajérais de dos ó tres cosas juntas, y así no haréis nada; sino habéislo de tomar poco á poco por partes. Mirad en qué soleis principalmente sentir falta de humildad y tener soberbia, y de eso comenzad: y en concluyendo con una cosa particular, tomad á pechos otra, y despues otra, y de esa manera poco á poco iréis desarraigando de vos el vicio de la soberbia, y alcanzando la virtud de la humildad. Pues estas cosas irémos ahora dividiendo y desmenuzando, para que así podamos hacer mejor y con mas provecho el exámen particular de esta virtud tan necesaria.

Sea lo primero, de no hablar palabras que puedan redundar en nuestra alabanza y estima. Como

(1) Part. 1, tractat. 7, cap. 4 et 5.